

[Suscribirse](#)[Normas para Publicar](#)[Enviar Artículos](#)[Estadísticas](#)[Pre:](#)[Por:](#)[Mor:](#)[Núr
Ant:](#)[Con
Ind:](#)[Edic:](#)[Infc:](#)

HARGREAVES, A. (2003). Enseñar en la sociedad del conocimiento (La educación en la era de la inventiva). Barcelona. Octaedro, pp.244.

El nuevo libro de Andy Hargreaves, considerado un best seller, impresiona por el tratamiento tan singular que realiza sobre el tema y el sentido común que trasmite con su obra. Si hace algo más de una década las organizaciones de aprendizaje eran un tópico, hoy en día son plena actualidad, decantándose como la vía de solución a los problemas que atraviesa el sistema educativo en la sociedad actual: la sociedad del conocimiento.

Con traducción de Àngels Mata de la obra original en inglés: Hargreaves, Andy. "Teaching in the Knowledge Society: Education in the Age of Insecurity" (Teachers College Press, 2003), Juan María Sancho y Fernando Hernández, Directores de la colección "Repensar la Educación" de la editorial Octaedro, editan la tercera obra de Hargreaves dentro de la colección, pasando a ser el decimotercer título. El libro consta de un prefacio escrito por el autor, siete capítulos y un anexo con las encuestas realizadas a los docentes, las cuales son la base de la investigación realizada por el autor. Cabe destacar la traducción española del subtítulo: "era de la inventiva" en lugar de "era de la inseguridad", debido al impacto que han tenido los acontecimientos sucedidos el 11 de septiembre en New York, y que han marcado al autor, y considerado, probablemente, inapropiado para el público español, aunque sobre esto se pueden verter múltiples opiniones.

ANÁLISIS DE LA OBRA

"Vivimos en una economía del conocimiento, en una sociedad del conocimiento. Las economías del conocimiento son estimuladas y dirigidas por la creatividad y la inventiva. Las escuelas de la sociedad del conocimiento tienen que crear estas cualidades, si no su gente y sus naciones se quedarán atrás." (Hargreaves, A. 2003, p. 9). Nos encontramos ante un nuevo mundo, donde términos como neoliberalismo, globalización, nuevas tecnologías, multiculturalidad... cobran cada día más fuerza y protagonismo. En este marco cambiante, en donde bajo estos conceptos se esconde el poder de un capitalismo brutal, y donde las diferencias entre los países ricos y pobres son cada vez mayores, e incluso estas diferencias se observan dentro de las propias naciones (inmigración, paro, delincuencia, clases desfavorecidas...), es, en esta encrucijada, donde se encuentra la escuela y el sistema educativo. La escuela de la sociedad del conocimiento no debe limitarse a ser una mera transmisora de conocimientos, sino que debe intentar compensar las desigualdades, fomentar el espíritu crítico, la capacidad para procesar y estructurar las informaciones, la creatividad y la inventiva. Para ello debemos cambiar la concepción de la práctica docente: olvidarnos del currículum cerrados y altamente exigentes, de la "obsesión compulsiva por la estandarización" (Hargreaves, A. 2003, p. 10), y hacer de la profesión una fuente de ingenio, progreso, inventiva y creatividad, y preparar a nuestros alumnos para que sean ciudadanos del mundo. Esto conlleva el olvidarnos del individualismo y la autonomía personal, convirtiéndonos en comunidades profesionales de aprendizaje y redes virtuales y presenciales.

"La enseñanza es una profesión paradójica. De todos los trabajos que son o que aspiran a ser una profesión, sólo de la enseñanza se espera que cree las habilidades y capacidades humanas que deben permitir a individuos y organizaciones sobrevivir y tener éxito en la sociedad del conocimiento actual." (Hargreaves, A. 2003, p. 19).

Para Hargreaves, Capítulo 1 (Educar para la creatividad), la sociedad de conocimiento es realmente una sociedad de aprendizaje. Lo que significa que estas sociedades generan una gran cantidad de informaciones y conocimientos potenciadores de la inventiva y la creatividad, lo que hace que sean competitivas y adaptativas a los modernos sistemas económicos cambiantes. Dependen tanto de la inteligencia colectiva como individual, y permiten a sus miembros numerosas oportunidades para aumentar la cualificación y el reciclaje. Sin embargo, la labor de los



docentes, en muchos momentos, no es fácil ni gratificante. Actualmente los docentes se encuentran atrapados en un triángulo fatídico en continua competencia al ser al tiempo catalizadores, víctimas y contrapuntos de la sociedad del conocimiento. Las interacciones entre estas tres fuerzas y sus efectos “están dando forma a la naturaleza de la enseñanza, a lo que quiere decir ser docente, y a la mismísima viabilidad de la enseñanza como una profesión en la sociedad del conocimiento.”(Hargreaves, A.2003, p.21). En definitiva, enseñar para una sociedad del conocimiento implica potenciar las siguientes capacidades: desarrollar un profundo aprendizaje cognitivo, la creatividad, inventiva, la investigación, el trabajo en redes y equipos, la formación profesional permanente, promover la resolución de problemas, la asunción de riesgos, la confianza en el proceso de colaboración, la habilidad para enfrentarse a los cambios y comprometerse en la mejora continua como individuo y organización.

En el segundo capítulo”... del valor del dinero, a valores permanentes” analiza los costes de la economía del conocimiento: egoísmo, insolidaridad, individualismo, hambre de beneficios, exclusión social, incremento de los fundamentalismos étnicos y religiosos, sociedades desequilibradas, xenofobia. “La sociedad del conocimiento es un caballo de Troya: parece traer regalos, pero también trae problemas” (Hargreaves, A. 2003, p.64). Este mundo “globalizado” y “homogeneizado” económicamente y dominado por las grandes potencias ha llevado a aquellos que no son partícipes de su beneficios “a encerrarse en la cultura, la religión y la etnicidad como fuentes alternativas de significado e identidad” (Hargreaves, A. 2003, p.60). La cuestión no es si estamos o no a favor de la globalización, sino a qué tipo de globalización damos nuestro apoyo, convirtiéndose este apoyo en una responsabilidad moral con los más desfavorecidos de nuestro mundo. En este contexto los docentes deben pensar en no enseñar sólo para la sociedad del conocimiento, sino en enseñar para más allá de ésta, lo que significa promover los valores de comunidad, democracia, humanitarismo e identidad cosmopolita; en definitiva”ser un docente que sea contrapunto de la sociedad del conocimiento” (Hargreaves, A. 2003, p.82).

Hargreaves dedica, en colaboración con Michael Barber, Martha Foote, Sahún Moore y Dean Fink y Corrie Giles, los capítulos 3 ,4 y 5 a presentar casos concretos del estado de New York y de Ontario (Canada) en donde se demuestra que las reformas actuales no preparan a los estudiantes para la economía del conocimiento ni para la vida más allá de ésta. La política educativa basada en estándares no beneficia ni a los docentes ni a los estudiantes, tengan el nivel que tengan.”La estandarización es irrelevante, o incluso tiene el efecto de agotar la energía para las escuelas que obtienen los mejores resultados, a la vez que aumenta la exclusión de aquellos centros y estudiantes que obtienen peores resultados, que encuentran los estándares desesperadamente fuera de su alcance” (Hargreaves, A. 2003, p.100). Al mismo tiempo los docentes, en vez de ser catalizadores y contrapuntos para la sociedad del conocimiento, se están convirtiendo en sus víctimas, al verse arrastrados por las reacciones fundamentalistas del mercado a costa de la propia economía del conocimiento, y siendo tratados no como trabajadores altamente cualificados y de gran capacidad, sino como sumisos productores de actuaciones estandarizadas. Sin embargo existen excepciones (capítulo 5) como la escuela de enseñanza secundaria de Ontario, la cual ha conseguido construirse como organización de aprendizaje y comunidad profesional de aprendizaje, implicando a toda la comunidad educativa de manera comprometida y efectiva en el proyecto de escuela para y más allá de la sociedad del conocimiento. Sin embargo, la estandarización insensible está amenazando también a esta escuela.

Por lo tanto, la opción es ir más allá de la estandarización(capítulos 6 y 7) mediante la creación de comunidades de aprendizaje profesional, conclusión a la que llega después de analizar las políticas educativas de varias naciones (Australia, Escandinavia, España...)exponiendo sus estrategias: el individualismo permisivo, las culturas de colaboración, la colegialidad inventada, el individualismo corrosivo(que ha llevado a una competición entre los centros educativos por alcanzar altos niveles de rendimiento académico para conseguir alumnos, impidiendo que “escuelas y docentes aprendan unos de otros” (p.189), convirtiéndose, de esta forma, en la antítesis de las organizaciones de aprendizaje) y las sectas de formación para el rendimiento, las cuales son para Hargreaves la tendencia mas perturbadora: instruyen a los docentes en técnicas y estrategias metodológicas para su implementación en el aula, que si bien han resultado ser efectivas a corto plazo en las áreas instrumentales, no aseguran una mejora de la educación en su sentido más amplio, convirtiendo a los docentes en autómatas irreflexivos y desmotivados. Por eso mismo, la mejora debe ir paralela al desarrollo profesional y personal de los docentes y de los centros educativos, evitando, de esta forma, la segregación debida al entorno sociocultural (desfavorecidos-sectas de formación, élite-comunidades de aprendizaje).Para solventar estas dificultades Hargreaves propone lo que denomina como “estrategias complementarias para el crecimiento escolar y docente”(p.219): una complementariedad vertical para escuelas en proceso de fracaso, en donde se apoyará a los equipos directivos en varias facetas, y una complementariedad horizontal, que al tiempo que desarrolla capacidades básicas, potencia el desarrollo profesional en la comunidad educativa, trabajando “ explícitamente con valores y no sólo técnicamente con resultados”(p.221).

La sociedad del conocimiento está llamando a nuestra puerta. Se debe reconocer el derecho de acceso a la educación de más alto nivel a todas las personas, sea cual sea su clase o condición. Necesitamos inversión,

integridad, ingenio e identidad cosmopolita. Para Hargreaves “La enseñanza es la profesión nuclear, el agente clave del cambio en la sociedad del conocimiento actual. Los docentes son las parteras de la sociedad del conocimiento. Sin los docentes, su confianza y competencia, el futuro nacerá muerto y con malformaciones.”(p.181).

Valoración

Hargreaves nos propone una visión clarificadora de lo que debe de ser, y no es, la escuela como potenciadora, sustentadora e integradora básica y fundamental del desarrollo social en la “sociedad del conocimiento o sociedad del aprendizaje”. (2003, p.29).

En la economía del conocimiento la cantidad y calidad de los recursos humanos disponibles son la base para el progreso de un país, no dependiendo exclusivamente este desarrollo de la cantidad de recursos materiales o de la inversión del capital realizada. De aquí se deriva la urgente necesidad de planificar y poner en práctica programas y acciones formativas destinadas a facilitar el acceso al conocimiento y a las nuevas tecnologías. Según Castells “La educación es la cualidad clave de la mano de obra; los nuevos productores del capitalismo de la información son aquellos generadores de conocimiento y procesadores de información cuya contribución es valiosísima para la economía de la empresa, de la región y de la nación” (1999, p.345). Para poder progresar y desarrollarnos como comunidad social necesitaremos una adecuada formación y preparación en los ámbitos social, afectivo-moral e intelectual, es decir, un desarrollo integral de la persona. El problema surge cuando nos planteamos hacia dónde queremos ir y al servicio de qué metas y proyecto político diseñamos e implementamos los programas educativos. Las respuestas a estas cuestiones no sólo se apoyarán en nuestros conocimientos y teorías pedagógicas, sino que indudablemente estarán condicionadas por los supuestos ideológicos y políticos de quien las responde. Los retos y ámbitos de acción educativa en la sociedad de la información parten del supuesto de que el sistema educativo debe estar al servicio de políticas sociales públicas destinadas a construir y consolidar un modelo de desarrollo social apoyado en los principios políticos de la democracia y de la redistribución de la riqueza.

Asumir esta idea desde un discurso pedagógico, significará tener en cuenta muchos de los principios educativos que han sido formulados por la rica tradición de la pedagogía progresista e ilustrada del siglo XX (la Escuela Nueva, Dewey, Freinet, Freire, entre otros). Hargreaves se enmarca dentro de esta corriente: “...un sistema fuerte de educación pública no es sólo parte integrante de una economía del conocimiento próspera; también es vital para proteger y reforzar la democracia en cuanto construye comunidad y desarrolla el carácter.”(2003, p.69). En palabras de Roger (2001, p.1):” no puede existir una verdadera democracia allí donde no se democratiza el conocimiento. La única vía genuina para la democratización del conocimiento es, sin duda alguna, la educación de los ciudadanos”.

Adecuar los objetivos y métodos de enseñanza al nuevo contexto de la sociedad del conocimiento requiere replantear los modos de actuación docente (comunidades profesionales de aprendizaje), los procesos de aprendizaje así como las metas y modelos de enseñanza. “La educación está en medio de esta encrucijada. Entre resultados mediocres y enormes desafíos; en tensión entre los problemas no resueltos del siglo XX y los retos emergentes que vienen en el siglo XXI” (Brünner,2001,p.4). Debemos evitar la estandarización insensible, el individualismo corrosivo y las sectas de formación para el rendimiento. Esto significará que en los procesos formativos ya no sirve, como en décadas anteriores, que las personas memoricen y almacenen muchos datos e información como objetivo y metodología de aprendizaje. Las actuales tecnologías disponen de ingentes cantidades de información muy superiores a las que cualquier cerebro humano puede almacenar. El educando debe convertirse en el protagonista de las acciones formativas. Los alumnos deben disponer de una gran autonomía y control sobre su propio proceso de aprendizaje.”Los buenos profesores comprenden plenamente que la enseñanza y el aprendizaje de éxito tienen lugar cuando los docentes mantienen relaciones de atención y cuidado con sus alumnos, y cuando el alumnado está comprometido emocionalmente con su aprendizaje” (Hargreaves 2003, p.76). El alumno debe aprender por sí mismo, lo que implica el desarrollo de la inteligencia distribuida, es decir, que lo relevante no es que el individuo retenga en su memoria toda la información, sino que debe aprender a saber buscar, seleccionar y analizar aquella información en las distintas fuentes de consulta que es realmente significativo para su aprendizaje. Por lo tanto, lo relevante del aprendizaje no es el desarrollo de la capacidad memorística, sino de los procesos de análisis y reflexión. Esto implica el uso inteligente de todos los recursos tecnológicos disponibles En definitiva, el educando no debe desarrollar un aprendizaje mecánico en el que adquiera los conocimientos de forma pasiva y receptiva, sino que debe ser un sujeto activo y protagonista de su propio proceso de aprendizaje. Lo relevante será el desarrollo de procesos formativos dirigidos a que cualquier sujeto aprenda a aprender (es decir, adquiera las habilidades para el autoaprendizaje de modo permanente a lo largo de su vida); sepa enfrentarse a la información (buscar, seleccionar, elaborar y difundir aquella información necesaria y útil); se cualifique laboralmente para el uso de las nuevas tecnologías de la información y comunicación; y adquiera conciencia de las implicaciones económicas, ideológicas, políticas y culturales de la tecnología en la sociedad del conocimiento. La comisión Internacional de la UNESCO sobre educación ha designado a este proceso continuo de educación que abarca toda la existencia y se ajusta a las

dimensiones de la sociedad, con el nombre de “Educación a lo largo de la vida” (Delors, 1996, p.112). En definitiva, y en palabras de Hargreaves: educar en, para y más allá de la sociedad del conocimiento.

Bibliografía

CASTELLS, M. (1999): *La era de la información: Economía, sociedad y cultura*. Madrid. Alianza Editorial.

ROGER, E. (2001): *La democratización del conocimiento y la educación en la democracia*. (Disponible en Internet: www.complejidad.org)

BRÜNNER, J. (2001): *Globalización y el futuro de la educación: tendencias, desafíos, estrategias*. PROMEDLAC VII, UNESCO.

DELORS, J.(1996): *La educación encierra un tesoro*.(Informe a la UNESCO de la Comisión Internacional sobre la Educación para el siglo XXI). Madrid. Santillana/UNESCO.

Jesús Boada Caño



© Ediciones Universidad de Salamanca.

Webmaster del volumen actual: **Francisco Ignacio Revuelta Domínguez**

Correo electrónico: fird@usal.es